

El conocimiento

Entre el método divino y el diabólico

Arzobispo Pablo Yazígy

¡Conocimiento! Esta palabra lleva en sí una potencia que seduce el corazón humano, potencia que compete con su ansia hacia la divinización. ¿Acaso no es el dios de la era actual, como lo ha sido en los tiempos pasados? La mente del hombre no para de pensar en lo que sería «mejor», «mayor» y «más bello». La realidad presente es un estado momentáneo que la creatividad humana no admite como permanente. El cambio y el progreso es índice de vida, mientras la inamovilidad representa la muerte.

Pero mientras este «conocimiento» ha sido sed, ha sido también seducción; a menudo ha logrado ser instrumento de desarrollo y, otras veces, causa de retroceso. El diablo comprendió con su inteligencia que el hombre ama el conocimiento y que está muy apegado a él; y por eso, con él lo tentó en el paraíso: «Dijo la serpiente: “El día en que comiereis de él (del fruto), se os abrirán los ojos y seréis como dioses, *conocedores* del bien y del mal.” Y la

mujer vio que el árbol era bueno para comer y apetecible a la vista.»¹ Por el poder del verdadero conocimiento, Dios ha elevado hacia sí *nubes* de santos; y por la seducción del falso conocimiento, el diablo ha atraído a muchos hacia las perversidades. Ésta es la tentación permanente del hombre desde los días de Adán en el paraíso: es la prueba de la razón y el examen de la libertad humanas.

Parece que, desde el principio, el método que Dios ofreció al hombre para alcanzar el conocimiento era contrario al que el diablo usó para jalarlo hacia la caída prometiéndole obtener el mismo. Podemos observar que Dios planteó ante los ojos del hombre el «ayuno» sin prometerle el conocimiento. El ayuno era un gesto que expresaba la alianza y la «convivencia» entre los dos, y la posibilidad de habitar el Paraíso; éste no es sino el lugar en el cual «Dios se pasea»², y el hombre convive con su Creador. El ayuno se refiere a poner al hombre en estado de alerta espiritual y de vigilia; en otras palabras, «que el hombre tenga al ascetismo como ejercicio, cuyo objetivo es alcanzar la convivencia con Dios y obtener la plenitud del conocimiento de Dios, del mundo y de sí mismo.» Así pues, el método divino era el ascetismo y el conocimiento era la «convivencia».

Por otro lado, el diablo seduce al hombre con un conocimiento teórico, que se obtiene con base en la satisfacción del placer (lo contrario al ayuno). Por eso, cuando dice a Adán y a Eva: «serán como

dioses, conocedores del bien y del mal», se refiere con esto a un conocimiento teórico. Porque, ¿quién conoce el mal? ¿Acaso es quien lo experimenta? Y, ¿el que conoce el bien desconoce el mal? En realidad, el que más conoce el mal es aquél que no lo practica sino que ejerce el bien. Por ejemplo, nadie sabe las desventajas de la pereza más que el diligente. Las palabras del diablo sobre el conocimiento del bien y del mal describen un conocimiento teórico, objetivo y racional, pero no una experiencia y convivencia como lo es el conocimiento con Dios.

El conocimiento como información es el que el diablo ha ofrecido al hombre, mientras el conocimiento que Dios ha inculcado al hombre es un encuentro de dos personas que juntas construyen una relación en común. Por ejemplo, el que ha oído hablar de un ministro o de sus actividades por la televisión no tiene el derecho a decir que verdaderamente lo conoce; conoce a una persona el que tiene con ella una relación personal.

Aquel conocimiento informativo sobre Dios es equívoco y quizá, por ser superficial y externo, nos impide procurar el verdadero conocimiento de Dios. Creer en Dios no significa nada más confesar que Él existe, porque los demonios tienen esta creencia y tiemblan; por eso, las obras forman el indicador de la fe verdadera y no las convicciones³. Según san Efrén el Sirio, la fe es «la que viene de la luz de la Gracia que resplandece en el alma», y no el conjunto de pruebas teóricas. San Cirilo de

Alejandría dice que la fe teórica es inútil, porque el conocimiento sobre Dios, cuando es limitado a teorías lejos de la vida, se vuelve satánico. En la Biblia, hay varios acontecimientos evidentes en que los demonios reconocieron a Cristo.⁴ El apóstol san Pablo habla también de quienes «profesan conocer a Dios, mas con sus obras lo niegan»⁵.

El conocimiento de Dios sin admitir el señorío de su amor sobre nosotros es diabólico. El conocimiento de Dios nos debe inducir hacia su amor, no hacia su enemistad; hacia su obediencia, no a ídolos nuestros. Desde el tiempo de Adán, el método de Satanás para alcanzar el conocimiento «perfecto» es la rebeldía contra Dios y la independencia de Él, para ser igual a Él. En cambio, la divina voluntad era realizar la convivencia con Dios para volverse como Él; vivir como Él para estar en su Gloria. Para san Gregorio Palamás, el conocimiento perfecto de Dios significa la divinización, estado que no es obtenido sino con la purificación del ser y con el ascetismo; y todo lo que no vaya por este camino nos llevará a un conocimiento diabólico. San Máximo el Confesor también dice que quien busca el conocimiento de Dios por la vía de la fantasía (φαντασία), llegará a una teología satánica, porque el camino hacia la teología verdadera consiste en la serenidad, la paz y la pureza interior (ησυχία): los puros de corazón son los que «verán a Dios»⁶. En esencia, éste fue el enfrentamiento ente Barlaám y Palamás⁷. Muchas veces, la intención de los filósofos para explicar a «Dios» ha sido sincera; sin embargo, ellos adoptan

equivocamente el método informativo: acuden a la «interpretación y contemplación» en lugar de la «experiencia y convivencia».

Según Barlaám, los filósofos superan a los apóstoles, porque ellos son hombres de ciencia ante la sencillez de los pescadores; ellos obtuvieron conocimientos, pruebas y lógica, y conocieron a Dios por la parte óptima del hombre –que es la razón–, mientras los apóstoles y los profetas conocieron a Dios por visiones, es decir, por una revelación exterior. Palamás procuró, en su enfrentamiento con Barlaám, mostrar que la sabiduría, el conocimiento verdadero, es incomparablemente más sublime que la sabiduría humana: «¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo?»⁸

La visión (θεωρία) es distinta de la fantasía y del éxtasis (εκστάσις). Estas palabras tienen sentidos contrarios en la filosofía y el cristianismo. En la filosofía, el éxtasis significa la partida de la mente (νοός) fuera de los límites del cuerpo por la fantasía; pero la visión (o contemplación), en la expresión cristiana, significa la introducción de la mente en el profundo interior del ser humano después de haberse liberado de los impulsos carnales.

¿Dios como idea o Dios como Persona? ¿Dios como invento o Dios como Creador? Éstas son imágenes y definiciones contradictorias que surgen de dos métodos opuestos de búsqueda del conocimiento

de Dios. No le hace daño al diablo que adoremos nuestras ideas a las que damos por nombre «dios»; sin embargo, él lucha para que no conozcamos a Dios participando de su vida. Al diablo no le causa ningún mal que platiquemos de Dios mientras vivamos sin Él. Al contrario: es la manera más fácil para alejarnos del verdadero conocimiento de Dios. Éste es el embuste de «conocerán el bien y el mal». En realidad, el que conozca el mal (lo experimente), habrá perdido el conocimiento del bien (su experiencia), porque la luz no puede coexistir con la oscuridad. Para san Gregorio el Teólogo, el mal es la ausencia del bien. El bien y el mal no son dos temas de los cuales nos informamos, sino dos formas de vivir. Nosotros escogemos, por propia voluntad, una de ellas: o estamos en el estado benigno o en el maligno; o conocemos el bien o conocemos el mal. No son dos informaciones, sino dos estados de vida. Entonces, el conocimiento de Dios, como una información, es un engaño satánico que nos impide su verdadero conocimiento.

Mientras vemos que Dios recomienda el «ayuno» al hombre como un medio de ejercicio espiritual, de alerta y de vigilia, encontramos que Satanás aconseja a Eva satisfacerse con todo lo que es «bueno para comer y apetecible a la vista», es decir, entregarse a los deseos de los sentidos, a lo que llamamos «pasiones» o impulsos carnales. Aquel fruto o árbol no era el mejor del paraíso, pero sí era el objeto del mandamiento que induciría al hombre en el ejercicio y crecimiento espiritual, y en un vivir

que supera el marco del instinto y de los sentidos, es decir, por encima de la naturaleza animal y en el marco de la vida espiritual. Dios no prohibió a Adán cosas esenciales para su vida cuando le pidió no comer de este árbol, ya que le permitió comer de todos los árboles del paraíso, menos éste. Dios ha agraciado al hombre con «todos los bienes del paraíso», y eso quiere decir abundancia de bienestar y ausencia de escasez; pero al mismo tiempo, le ha agraciado con el ejercicio espiritual al recomendarle abstenerse de un solo árbol entre todos. Porque el bienestar no significa flojera, así como que el ayuno no significa escasez. El hombre puede, más bien, debe conservar los sentidos (controlarlos) en medio del bienestar. Porque el hombre espiritual es quien «lo juzga todo, y a él nadie puede juzgarle»⁹.

También hay un autoconocimiento diabólico que tiene su propio falso método. ¿Acaso no es el diablo el padre del engaño y de la mentira?

«Es imposible que nos conozcamos a nosotros mismos si no es por la vía del análisis psicológico y del entendimiento», según Barlaám. Palamás, en cambio, notifica que éste fue el método del pitagorismo y del estoicismo; pero la oscilación de los filósofos conforme a sus deseos y la incongruencia de su vida con sus teorías revelan, según Palamás, su desconocimiento de sí mismos. El verdadero autoconocimiento surge de un corazón puro (que se está purificando), que no

«conoce» el mal y lucha en las obras del ascetismo y de la penitencia.

Hay dos métodos: el de Platón «γνώθι σεαυτον», es decir, «conócete a ti mismo», y el de Basilio Magno «προσεχε σεαυτω», que significa «cuídate de ti mismo». Con el primero, aplicamos exactamente la sugerencia del diablo a Adán y Eva; y en el segundo, andamos en el camino que el Señor ha mandado. «Conócete a ti mismo» significa que recopilemos en nuestra mente mucha información sobre lo que amamos, deseamos, queremos, soñamos... nos gusta tal color y odiamos a fulano... Así, conoceremos de nosotros mismos muchas, pero muchas cosas y, entonces, podremos arreglar los asuntos de nuestra vida: comeremos todo lo que es «apetecible a nuestros ojos» y lo que es «deleitante a nuestra vista».

En cambio, «cuídate de ti mismo» es un método que propone medir las cosas conforme a otro criterio que no sea el «ego»: éste otro criterio es Dios. «Conócete a ti mismo» quiere decir, realiza todo lo que tú quieras. «Cuídate de ti mismo» quiere decir: vigila que tu marcha sea conforme a la imagen de Dios, que es tu verdadera imagen; no te desvíes del camino y de la imagen que originalmente son tuyos. Nosotros sabemos que no todo lo que deseamos es bueno, ni todo lo que nos deleite pertenece a la bondad; por eso nos cuidamos de nosotros mismos. En la voluntad de Dios está nuestro bien. El verdadero autoconocimiento no significa definir los deseos,

sino purificarlos, como el que cuida el agua que consume y se asegura que siempre sea pura. El autoconocimiento significa entrenar el alma, prepararla y usar sus energías para procurar la divina semejanza. Entonces, el conocimiento de sí mismo se acompaña con los significados de la purificación, iluminación y deificación.

Cuando el hombre procura un conocimiento verdadero de Dios y de sí mismo, el diablo usa varias armas para hacerle fracasar y para desviarlo del correcto método. En cada una de las tres etapas de la vida espiritual (purificación, iluminación y deificación), el diablo usa armas adecuadas:

Etapas de la purificación: es la purgación del corazón de las tendencias mundanas y de todo lo profano que obstaculiza el crecimiento en la vida espiritual. Aquí el diablo tienta para transformar este profundo movimiento interior en meras prácticas superficiales; convierte, por ejemplo, la adoración en el Espíritu en un hábito farisaico; restringe la vida de justicia en la auto-justificación, es decir, realizar algunas obras de caridad que nos hacen ganar de Dios un sentimiento de justificación; y minimiza el cristianismo a mera «ley» moral que implica ciertas obligaciones hacia el prójimo o hacia Dios.

Aquí el diablo crea también una confusión y revoltijo entre las virtudes y los vicios, y voltea los sentidos. Así que nos confundimos en cierto momento entre la humildad y la humillación, entre

la soberbia y la fuerza, entre la dignidad y la venganza. Como dice san Juan Clímaco: a menudo, mientras estamos bebiendo agua de un manantial, tragamos equívocamente un *sapo*. Se disfraza la pereza con la humildad, la voracidad con la hospitalidad y la soberbia con la fuerza. Por ello, la virtud del discernimiento es muy importante, y cuando el hombre la obtiene, empieza a conocerse a sí mismo en verdad.

Etapas de la iluminación: es la introducción de la mente en el corazón; con ello, el hombre discierne entre lo diabólico y lo divino, y supera la confusión anterior, y alcanza un estado de viva comparecencia ante Dios, que en la literatura monástica se le llama *estado de oración permanente*. Por ello, el diablo intenta minimizar la oración a la recitación de ciertos rezos o himnos, mientras lo que se procura ha de ser «vida de oración» y no una repetición hueca de «oraciones», por más cuantiosas que sean; en este caso, el lugar principal de la oración permanece en los labios y no en el corazón. Además, quizá se confunde entre la mente y el corazón considerando que la mera «contemplación» de la belleza de los rezos ha de significar un corazón purificado ya por la oración, mientras que son cosas diferentes.

También el diablo susurra a muchos que la vida exterior es más importante que la interior, haciendo que el hombre pierda el balance entre la espiritualidad y el servicio, entre la predicación y la

contemplación, y menosprecie la importancia de la vida monástica y de sus virtudes, como la serenidad, la vigilia, la lectura, entre otras.

Etapas de la deificación: en la que el hombre se une a Dios y muere el mundo para él después de haber muerto él para el mundo en *la iluminación*, y ya no tiene, como vida, más que a Dios. En ello, el diablo intenta la confusión entre el Creador y la creación; se aparece con forma de «ángel de luz»; se mete en la interpretación de las Santas Escrituras y de los divinos dogmas corrompiendo sus verdaderos sentidos; y blasfema contra el Espíritu Santo, confundiendo los dones del Espíritu con lo carismático irreal y atribuyendo cosas diabólicas al Espíritu Santo, y cosas del Espíritu a Satanás.

«Serán conocedores del bien y del mal» era el *cebo* por cuya seducción el diablo cazó al hombre. El verdadero conocimiento de Dios y de uno mismo es el que se basa en el ascetismo que nos induce en el conocimiento de Dios como convivencia, y en el conocimiento de nosotros mismos por la purificación. En cambio, el conocimiento diabólico –que se basa en el deseo– nos guía a formar una *enciclopedia* sobre Dios, pero viviendo sin Él; y otra *enciclopedia* sobre lo que encanta a nuestro ego, pero sin santificarlo.

«Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los

principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas.»¹⁰ Éste es el camino del conocimiento que Dios ha puesto delante de nuestros ojos: la santificación que se debate en una profunda batalla interior y espiritual, en la que Dios ampara con la Gracia y la verdad, y el diablo resiste con la seducción y el engaño. Por eso salmodiaba el profeta diciendo: «Hazme conocer tus caminos, oh Señor, para que observe tus mandamientos.» Amén.

¹ Gn 3: 4-6

² Gn 3: 8

³ Véase Stg 2: 19

⁴ Mt 8: 28; Mc 1: 24 entre otras

⁵ Tit 1: 16

⁶ Mt 5: 8

⁷ Se trata de un enfrentamiento teológico que sucedió en el siglo XIV entre Barlaám, un filósofo italiano apasionado de la filosofía griega, que enfatizaba el estudio y la importancia de la búsqueda racional en el conocimiento de Dios, con el monje Gregorio Palamás –posteriormente arzobispo de Tesalónica–, quien sostenía el camino del ascetismo y de la purificación como el único camino hacia el divino conocimiento, apegándose a la tradición apostólica entregada «una vez y para siempre». (N.T.)

⁸ 1Cor 1: 20; véase también Sant 3: 15

⁹ 1Cor 2:15

¹⁰ Ef 6: 11-12